

VERDADERA Y FALSA URBANIDAD.

§ I.

Esta voz *urbanidad* es de significacion equívoca. Así, leida en diferentes autores, y contemplada en distintos tiempos, se halla que significa muy diversamente. Su derivacion inmediata viene de la voz latina *urbanus*, y la mediata, de *urbs*; mas no en cuanto esta voz significa *ciudad* en general, sino en cuanto, por antonomasia, se apropiada especialmente á la de Roma.

Es el caso, que la voz *urbanus* tuvo su nacimiento en el tiempo de la mayor prosperidad de la república romana, lo que se colige claramente de que Quintiliano dice, que en tiempo de Ciceron era nueva esta voz: *Cicero favorem, et urbanum nova credit*. Entónces fué cuando la voz genérica *urbs*, que significa *ciudad*, se empezó á apropiarse antonomásticamente á Roma, á causa de su portentosa grandeza. Como al mismo paso que Roma empezó á reinar en el mundo, empezó á reinar en ella aquel género de cultura y policía, que los romanos miraban como excelencia privativamente suya, empezaron á usar de la voz *urbanus*, para significar aquella cultura, concretada, no sólo al hombre, mas tambien al modo y estilo en quien resplandecía esa prenda; *homo urbanus, sermo urbanus*, y de la voz *urbanitas* para expresar abstractamente la misma prenda.

Pero á la cultura significada por la voz *urbanitas*, no todos daban la misma extension. Ciceron (como se conoce en su libro *De claris oratoribus*) la restringía á un género de gracia en el hablar, que era particular á los romanos.

Quintiliano reconoce aquella gracia en el hablar propia de los romanos, que dice consiste en la eleccion de las palabras, en su buen uso, en el decente sonido de la voz; la reconoce, digo, no por el todo, sino por parte de la urbanidad. Así añade, como otra parte suya, alguna tintura de erudicion, adquirida en la frecuente conversacion de hombres doctos: *Nam, et urbanitas dicitur, qua quidem significari sermonem præseferentem in verbis, et sono, et usu proprium quandam gustum urbis, et sumptam ex conversatione doctorum tacitam eruditionem, denique cui contraria sit rusticitas*.

Domicio Marso, autor medio, en cuanto al tiempo en que floreció entre Ciceron y Quintiliano, que escribió un *Tratado de la urbanidad*, cuya noticia debemos al mismo Quintiliano, echando por otro rumbo, constituyó la urbanidad en la agudeza ó fuerza de un dicho breve, que deleita y mueve los ánimos de los oyentes hácia el afecto que se intenta, aptísima á provocar ó resistir, segun las circunstancias de personas y materias: *Urbanitas est virtus quædam in breve dictum coacta, et apta ad delectandos, movendosque in omnem affectum animos, maxime idonea ad resistendum, vel lacesendum, prout quæque res, ac persona desiderant* (1). De-

(1) Quintil., ubi supra.

finicion verdaderamente confusa y que, ó no explica cosa, ó sólo explica una idea particular del autor, distinta de todo lo que hasta ahora comunmente se ha entendido por la voz *urbanidad*.

Los filósofos morales que han trabajado sobre la admirable *Ética* de Aristóteles, miraron esta voz como correspondiente á la griega *eutrapelia*, de que usó Aristóteles para exprimir aquella virtud que dirige á guardar moderacion en la chanza, y cuyos extremos viciosos son la rusticidad por una parte, y por otra la scurrilidad ó truhanería. Así nuestro cardenal Aguirre y el conde Manuel Tesauro.

Mas esta acepcion de la voz *urbanitas* no está en uso, como ni tampoco la de *rusticidad*, extremo suyo. Llámase chancero, no urbano, al que es oportuno y moderado en la chanza; ni tampoco el que nunca la usa se llama rústico, sino seco ó cosa semejante.

§ II.

Viniendo ya á la acepcion que tiene la voz *urbanidad*, en los tiempos presentes y en España, parece ser que generalmente se entiende por ella lo mismo que por la de *cortesania*; pero es verdad que tambien á esta voz unos dan más estrecho, otros más amplo significado. Hay quienes por cortesano entienden lo mismo que cortés; esto es, un hombre, que en el trato con los demas usa de el ceremonial que prescribe la buena educacion. Mas entre los que hablan con propiedad, creo se entiende por hombre cortesano, ó que tiene genio y modales de tal, el que en sus acciones y palabras guarda un temperamento, que en el trato humano le hace grato á los demas. Tomada en este sentido la voz española *cortesania*, corresponde á la francesa *politesse*, á la italiana *civiltà*, y á la latina *comitas*.

La derivacion de *cortesania* es análoga á la de *urbanidad*. Así como ésta se tomó de la voz *urbs*, aplicada á Roma, capital entónces de una gran parte de el mundo, en la cual florecia la cultura, que los romanos explicaban con la voz *urbanitas*; la voz *cortesania* se derivó en España de la *córte*, en la cual, segun comunmente se entiende, se practican con más exactitud que en otros pueblos todas aquellas partes de la buena crianza, que explicamos con la voz *cortesania*.

Tomada en este sentido la *urbanidad*, yo la definiria de este modo: «Es una virtud ó hábito virtuoso, que dirige al hombre en palabras y acciones, en orden á hacer suave y grato su comercio ó trato con los demas hombres.» No me embarazo en que algunos tengan la difinicion por redundante, pareciéndoles que comprehende más que lo que significa la voz *urbanidad*. Yo ajusto la difinicion á la significacion que yo mismo le doy, y que entiendo es comun entre los que hablan con más propiedad. Los que se la dan más estrecha difinen la *urbanidad* de otro modo. Las disputas sobre difiniciones,

comunmente son cuestiones de nombre. Cada uno difine segun la acepcion que da á la voz con que expresa el definido. Si todos se conviniessen en la acepcion de la voz, apenas discreparian jamas en la difinicion de su objeto. El caso es que muchas veces, una misma voz, en diferentes sugetos excita diferentes ideas, y de aquí viene la variedad de difiniciones.

Es cierto que los que llaman modos cortesanos, todos se ordenan al fin propuesto, y no son otra cosa más que unas maneras de proceder en todo lo exterior, en quienes nada haya de indecente, ofensivo ó molesto, ántes todo sea grato, decente y oportuno.

Está la urbanidad, como todas las demas virtudes morales, colocada entre dos extremos viciosos: uno en que se peca por exceso, otro por defecto. El primero es la nimia complacencia, que degenera en bajeza; el segundo, la rigidez y desabrimiento, que peca en rusticidad.

§ III.

Así como no hay virtud, cuyo uso sea tan frecuente como el de la urbanidad, así ninguna hay que tanto se falsee con la hipocresía. Hay muchos hombres, que teniendo pocas ó ninguna ocasion de ejercitar algunas virtudes, al mismo paso carecen de oportunidad para ser hipócritas en la materia de ellas. En materia de urbanidad, así como todos pueden tener el ejercicio de la virtud, pueden tambien trampearle con la hipocresía. En efecto, los hipócritas de la urbanidad son innumerables. Hierven los pueblos todos de expresiones de rendimiento, de reverencias profundas, de ofertas obsequiosas, de ponderadas atenciones, de rostros halagüenos, cuyo sér está todo en gestos y labios, sin que el corazon tenga parte alguna en esas demostraciones; ántes bien ordinariamente está obstruido de todos los afectos opuestos.

¿Qué? ¿La urbanidad ha de residir tambien en el corazon? Sin duda, ó por lo ménos en él ha de tener su origen. De otro modo, ¿cómo pudiera ser virtud? Dieta la razon que haya una honesta complacencia de unos hombres á otros. Quanto dicta la razon es virtud. Pero ¿sería virtuosa una complacencia mentida, engañosa, afectada? Visto es que no. Luego la urbanidad debe salir de el fondo de el espíritu. Lo demas no es urbanidad; sino hipocresía, que la falsea. Una alma de buena casta no ha menester fingir para observar todas aquellas atenciones de que se compone la cortesania, porque naturalmente es inclinada á ellas. Por propension innata, acompañada de el dictámen de la razon, no faltará en ocasion alguna ni al respeto con los de clase superior á la suya, ni á la condescendencia con los iguales, ni á la afabilidad con los inferiores, ni al agrado con todos, testificando, segun las oportunidades, ya con obras, ya con palabras, estas buenas disposiciones de el ánimo, en orden á la sociedad humana.

No ignoro, que comunmente se entiende consistir la urbanidad precisamente en la externa testificacion, ya de respeto, ya de benevolencia, á los sugetos con quienes se trata. Mas como esa testificacion, faltando en el espíritu los afectos que ella expresa, sería engañosa, no puede por sí sola constituir la urbanidad, que es un hábito virtuoso. Así, para constituirla, es necesario que

la testificacion sea verdadera, que viene á ser lo mismo que decir, que la urbanidad incluye esencialmente la existencia de aquellos sentimientos, que se expresan en las acciones y palabras cortesananas.

§ IV.

Es cierto que las *córtes* son unas grandes escuelas públicas de la verdadera urbanidad; pero en cuanto al ejercicio, se ha mezclado en ellas tanto de falsa, que algunos han contemplado á ésta como la únicamente dominante en las *córtes*. Creo, que sin injuria de otra alguna, podré calificar por las dos *córtes* más cultas de el mundo, en la antigüedad á Roma, en los tiempos presentes á París. Oigamos ahora á los autores, de los cuales uno practicó mucho la *córte* de Roma, y otro la de París. El primero es Juvenal. Éste claramente insinúa, que en Roma, el que no fuese mentiroso y adulator no tenia que esperar, ni áun que hacer:

*Quid Romæ faciam? Mentiri nescio: librum
Si malus est, nequeo laudare, etc.*

El segundo es el abad Boileau, famoso predicador de el gran Luis XIV. Éste, en el libro que intituló *Pensamientos escogidos*, hizo una pintura tal de la *córte* de París, que muestra que la urbanidad de ella, no sólo degenera en simulacion, mas áun (supónese que no en todos) en alevosía. Dice así:

«¿Cuáles son las maneras de un cortesano? Adular á sus enemigos miéntras los teme, y destruirlos cuando puede; aprovecharse de sus amigos cuando los ha menester, y volverles la espalda en no necesitando; buscar protectores poderosos, á quienes adora exteriormente, y desprecia frecuentemente en secreto.

«La urbanidad cortesana consiste en hacerse una ley de la disimulacion y de el dolo; de representar todo género de personajes, segun lo piden los propios intereses; sufrir con un silencioso despecho las desgracias, y esperar con una modestia inquieta los favores de la fortuna.

«En la *córte*, por lo comun, nada hay de sinceridad, todo es engaño; hacer malos oficios á la sordina unos á otros; fabricar enredos, que nadie puede desañudar; padecer mortales disgustos bajo un semblante risueño; ocultar bajo una aparente modestia, una soberbia luciferina. Frecuentemente en la *córte* no es permitido amar lo que se quiere, ni hacer lo que se debe, ni decir lo que se siente. Es menester tener secreto para guardar los sentimientos, facilidad para mudarlos. Se ha de alabar, vituperar, amar, aborrecer, hablar y vivir, no segun el dictámen propio, mas segun el antojo y capricho ajeno.

«¿Cuáles son más las maneras de un cortesano? Disimular las injurias y vengarlas; lisonjear á los enemigos y destruirlos; prometer todo para obtener una dignidad, y no cumplir nada en lográndola; pagar los beneficios con palabras, los servicios con promesas, y las deudas con amenazas. En la *córte* se adora la fortuna, y al mismo tiempo se maldice; se alaba el mérito y se desprecia; se esconde la verdad y se ostenta la franqueza.»

Pienso que de esto hay mucho en todo el mundo; pero es natural haya más en las cortes, porque son en ellas más fuertes los incitativos para los vicios expresados. No hay apetito que allí no vea muy cerca y en su mayor esplendor el objeto que le estimula. El ambicioso está casi tocando con la mano los honores, el codicioso las riquezas. Los pretendientes se están rozando unos con otros, los émulos con los émulos, los envidiosos con los envidiados. El valimiento de el indigno está dando en los ojos de el benemérito olvidado, el manejo de el inhábil altamente ocupado, en los de el hábil ocioso. Y aunque el modesto, viéndolo esto de lejos, ó constándole sólo de oídas, podrá razonar sobre la materia, como filósofo, teniéndolo tan cerca, apenas acertará á hablar, sino como apasionado. Así es casi moralmente imposible, que los corazones de los desfavorecidos no estén en una continua fermentacion de tumultuantes sentimientos, á que se siga, no tanto la corrupcion de los humores, como la de las costumbres.

Sin embargo, se debe entender, que los dos autores citados hablan en tono, cuya solfa siempre levanta mucho de punto el mismo mal que reprende. Hay en las cortes mucho de malo, tambien hay mucho de bueno. Las quejas de que el mérito es desatendido, frecuentemente no son más que unos ayes, que precisamente significan el dolor de el corazón de donde salen. El mismo que se lamenta de el desgobernado, mientras no pasa de el zaguán de la casa de el valido, aplaude su conducta en subiendo al salón; señal de que sólo mira como mal gobierno el que le es adverso, y como bueno al que es favorable. En todos tiempos he oido hablar muy mal de el ministerio; pero á quiénes? A pretendientes importunos, que no podian alcanzar lo que no merecian; á litigantes de mala fe, doloridos de verse justísimamente condenados; á delincuentes multados segun las leyes; á ignorantes preciados de entendidos, que sin más escuela que la de uno ú otro corrillo, dan voto en los más altos negocios políticos y militares; á necios que imaginan, que un buen gobierno puede lograr el imposible de tener á todos los súbditos contentos ó hacerles á todos felices.

Ni mi genio, ni mi destino me han permitido tratar á los ministros más altos; pero á sujetos sinceros y de conocimiento, que los han tratado, oí hablar de ellos en lenguaje muy diferente de el de el vulgo, ya en orden á sus alcances, ya en orden á sus intenciones. Ni ¿cómo es creible que los príncipes, que suelen tener más instruccion política que los particulares, sean tan inadvertidos, que frecuentemente para el gobierno echen mano de hombres, ó ineptos ó mal intencionados? En caso que en la eleccion se engañasen, los desengañaría muy presto la experiencia, y entónces los precipitarían de la altura á que habian ascendido. Así, para mí es verisímil que ministro alguno, destituido de todo relevante mérito, ocupe por mucho tiempo el lado de el soberano.

De ministros inferiores (en que entiendo los togados de las provincias) he tenido bastantísima experiencia; y protesto, que en cuanto contiene el ámbito de el siglo, ésta es por lo comun la mejor gente que

he tratado. Por lo comun digo, por no negar que tambien se encuentran en esta clase uno ú otro, ya de poca rectitud, ya de mucha codicia. De lo que son los togados de las provincias, colijo lo que serán los de la corte. Parece natural, que cuanto es mayor el teatro y más sublime el puesto, tanto más les estimule el honor á no cometer alguna baja. Conspiran á lo mismo la cercanía de el príncipe, y la multitud de jueces de una misma clase, porque son unos recíprocos censores, que están siempre á la vista.

§ V.

No creo, pues, ni aun la mitad de lo que se dice de el abandono que padece el mérito en las cortes. Pero entre los pretendientes sin mérito, que concurren á ellas en gran número, bien me persuado haya un hervidillo de chismes, embustes, trampas y alevosías, que no explicarán bastantemente las más ponderativas declamaciones. Ésta es una milicia de Satanás, que por la mayor parte sirve al diablo sin sueldo. Son unos galeotes de la tierra y juntamente cómitres unos de otros, que no sueltan jamas de la mano, ni el remo, ni el azote, por llegar cuanto ántes al puerto deseado. Son unos idólatras de la fortuna, á cuya deidad sacrifican por víctimas los compañeros, los parientes, los amigos, los bienhechores; y en fin, á sí mismos ó sus propias almas. ¿Qué no se puede esperar, ó qué no se debe temer de hombres de este carácter?

Yo estuve tres veces en la corte; pero, ya por mi natural incuriosidad, ya porque todas tres estancias fueron muy transitorias, tan ignorante salí de las prácticas cortesanas, como habia entrado. Sólo una cosa pude observar, perteneciente al asunto que tratamos, y es, que allí, más que en los demás pueblos que he visto, la urbanidad declina á aquella baja especie de trato hipócrita, que llamamos zalameria. Mil veces la casualidad ofreció esta experiencia á mis ojos. Mil veces, digo, vi al encontrarse, ya en la calle, ya en el paseo, sujetos de quienes me constaba se miraban con harta indiferencia, y áun algunos con recíproco desprecio, alternarse en ellos como á competencia las más vivas expresiones de amor, veneracion y diferencia. Apenas salia alguna palabra de sus bocas, que no llevase el equipaje de algunos afectuosos ademanes. Vertian tierna devocion los ojos, manaban miel y leche los labios; pero al mismo tiempo la afectacion era tan sensible, que cualquiera de mediana razon conoceria la discrepancia de corazones y semblantes. Yo me reia interiormente de entrambos, y creo que entrambos se reian tambien interiormente uno de otro.

Vi en una ocasion requerearse dos áulicos, con tan extremada ternura, que un portugues podria aprender de ellos frases y gestos para un galanteo. Ambos tenian empleo en palacio, por cuya razon no podian ménos de carearse con mediana frecuencia. No habia entre ellos amistad alguna; sin embargo, las expresiones eran propias de dos cordialísimos amigos que vuelven á verse despues de una larga ausencia.

Habiendo manifestado á algunos prácticos de la corte la disonancia que esto me hacia, me respondian, que

aquello era vivir al estilo de la corte. Al oírlos, cualquiera haria juicio de que la corte no es más que un teatro cómico, donde todos hacen el papel de enamorados; pero en realidad, yo sólo noté esta faramalla amatoria en los espíritus de inferior orden. En los de corazón y entendimiento más elevado, produce la escuela de la corte (si ya no se debe todo á su propio genio) otro trato más noble, y el que es propio de la verdadera urbanidad. Digo, que observé en ellos afabilidad, dulzura, expresiones de benevolencia, ofrecimientos de sus buenos oficios; pero todo contenido dentro de los términos de una generosa decencia, todo desnudo de afectadas ponderaciones, todo animado de un aire tan natural, que las articulaciones de la lengua parecian movimientos de el ánimo, respiraciones de el corazón.

Decia Caton (Tulio lo refiere) que se admiraba de que cuando se encontraban dos adivinos, pudiesen ni uno ni otro contener la risa, por conocer entrambos, que toda su arte era una mera impostura. Lo mismo digo de los cortesanos zalameros. No sé cómo al cargarlos los que ya se han tratado, no sueltan la carcajada, sabiendo recíprocamente, que todas sus hiperbólicas protestas de estimacion, cariño y rendimiento son una pura farfalla, sin fondo alguno de realidad.

El dicho, que en los pueblos menores, por donde he andado, no hay tanto, ni con mucho, de esta ridícula figurada. No faltan, á la verdad, uno ú otro que paseen las calles con el incensario en la mano, para tratar como á ídolos á cuantos contemplan pueden serles en alguna ocasion útiles. Pero están reputados por lo que son: gente, no de estofa, sino de estufa, y sus incienso sólo huelen bien á los tontos. En la corte pasa esto comunmente por buena crianza; acá lo condenamos como baja.

§ VI.

Estoy en la persuacion de que la urbanidad sólida y brillante tiene mucho más de natural, que de adquirida. Un espíritu bien complexionado, desembarazado con direccion, apacible sin bajeza, inclinado por genio y por dictamen á complacer en cuanto no se oponga á la razon, acompañado de un entendimiento claro, ó prudencia nativa, que le dicte cómo se ha de hablar ú obrar, segun las diferentes circunstancias en que se halla, sin más escuela, parecerá generalmente bien en el trato comun. Es verdad, que ignorará aquellos modos, modas, ceremonias y formalidades, que principalmente se estudian en las cortes, y que el capricho de los hombres altera á cada paso; pero lo primero, las ventajas naturales, las cuales siempre tienen una estimabilidad intrínseca, que con ninguna precaucion se borra, suplirán para la comun aceptacion el defecto de este estudio. Lo segundo, una molesta y despejada prevencion á los circunstancias de esa misma ignorancia de los ritos políticos, motivada con el nacimiento y educacion en provincia, donde no se practican, será una galante excusa de la transgresion de los estilos, que parecerá más bien á la gente razonable, que la más escrupulosa observancia de ellos.

Yo me vali muchas veces de este socorro en la cor-

te. Nací y me crié en una corta aldea, entré despues en una religion, cuyo principal cuidado es retirar á sus hijos, especialmente durante la juventud, de todo comercio del siglo. Mi genio aborrece el bullicio y huye de los concursos. Exceptuando tres años de oyente en Salamanca, que equivalieron á tres años de soledad, porque no se permite á los de nuestro colegio el menor trato con los seculares, todo el resto de mi vida pasé en Galicia y Asturias, provincias muy distantes de la corte. Sobre todo lo dicho, estoy poseido de una natural displicencia hacia el estudio de ceremonias. No ignoro que la sociedad política requiere, no sólo substancia, más tambien modo; pero no considero modo importante aquel que consiste en ritos estatuidos por antojo, que hoy se ponen y mañana se quitan, reinan unos en un país, y los contrarios en otro; sino aquel que dicta constantemente la razon en todos tiempos y lugares. De estos supuestos facil es inferir cuán remoto estoy de la inteligencia de las ceremonias cortesanas. Sin embargo, salia de este embarazo en todas la ocurrencias con la prevencion instaurada, y veia que á nadie parecia mal, ni por eso les era ingrata mi conversacion, ántes me parece ponian buena cara á mi naturalidad.

Los hombres de espíritu sublime y entendimiento alto gozan un natural privilegio para dispensarse de las formalidades, siempre que les parezca. Así como los músicos de gran genio se apartan varias veces de las reglas comunes de el arte, sin que por eso su composicion disuene al oído; así los hombres, que por sus prendas se aventajan mucho en la conversacion, pueden desembarazarse de el método estatuido, sin incurrir el desagrado de los circunstantes. Las ventajas naturales siempre tienen un resplandor más fino, más sólido, más grato que los adornos adquiridos. Así todo se dan por bien y más que bien pagados de éstos con aquellas.

Y áun dijera yo, que los establecimientos de ceremonias urbanas sólo se hicieron para los genios medianos y ínfimos, como un suplemento de aquella discrecion superior á la suya, que por sí sola dicta y regla el porte, que se debe tener hacia los demás hombres. Creo que pasa en esto lo mismo, con poca diferencia, que en los movimientos materiales. Hay hombres que, naturalmente y sin estudio, son airosos en todos ellos; que muevan las manos, que los piés, que doblen el cuello, que inclinen la cabeza, que bajen ó eleven los ojos, que muden el gesto, todo sale con una gracia nativa, que á todos enamora; que es lo que cantaba Tibulo de Sulpicia:

*Illam quæquid agit, quoquo vestigia fleclit,
Componit sursum, subsequitur que decor*

Tuviera por una gran impertinencia querer con varios preceptos compasarles á éstos las acciones. Guárdense los preceptos y reglas para los que son naturalmente desairados, si es que puede enmendar el arte este defecto de la naturaleza.

Sólo respectivamente á dos clases de personas, nadie está exento de guardar el ceremonial, que son los príncipes y las mujeres. Aquellos, desde tiempo inmemorial, han constituido la ceremonia parte esencial de la majestad. Éstas, por educacion y por hábito, miran

como substancia lo que es accidente, y áun prefieren el accidente á la substancia. Así desestimarán al hombre más discreto y gracioso de el mundo, en comparación de otro de muy desiguales talentos, pero que esté bien instruido en las formalidades de la moda, y las observe con exactitud; excepto las de alta capacidad, las cuales saben hacer justicia al mérito verdadero.

§ VII.

O sea adorno, ó parte integrante de la urbanidad, aquella gracia nativa, que sazona dichos y acciones, es cierto que el estudio ó arte jamas pueden servirle de suplemento.

Esta es aquella perfeccion que Plutarco pondera en *Agesilao*, y en virtud de la cual dice, que aunque pequeño y de figura contemptible, fué, áun hasta en la vejez, más amable que todos los hombres hermosos: *Dicitur autem pusillus fuisse, et specie aspernenda: ceterum hilaritas ejus omnibus horis, et urbanitas aliena ab omni, vel vocis, vel vultus morositate, et acerbitate amabiliorem eum, ad senectutem usque, præbuit omnibus formosis.*

Éste es aquel condimento por quien dice Quintiliano, que una misma sentencia, un mismo dicho parece y suena mucho mejor en la boca de un sugeto que de otro: *Inest proprius quibusdam decor in habitu, atque vultu, ut eadem illa minus, dicente alio, videantur urbana esse.*

Éste es aquel adorno que Ciceron llamaba color de la urbanidad, y que instado por Bruto, para que explicase qué coscosa era ese color, respondió dejándole en el estado de un misterioso *no sé qué*. Éstas son, en el diálogo *De claris oratoribus*, sus palabras: *Et Brutus, quis est, inquit, tandem urbanitatis color? Nescio, inquam; tantum esse quendam scio.* Es de mi incumbencia descifrar los *nosequés*, y no hallo en explicar éste, dificultad alguna. La gracia nativa, ó llámese, con la expresion figurada de Ciceron, color de la urbanidad, se compone de muchas cosas. La limpieza de la articulacion, el buen sonido y armoniosa flexibilidad de la voz, la decorosa aptitud de el cuerpo, el bien reglado movimiento de la accion, la modestia amable de el gesto y la viveza halagüeña de los ojos, son las partes que constituyen el todo de esta gracia.

Ya se ve que todos los expresados son dones de la naturaleza. El estudio, ni los adquiere, ni los suple. Hay sugetos que piensan hacer algo, procurando imitar á aquellos en quienes ven resplandecer esos dones, ó parte de ellos; pero con el medio mismo con que intentan ser gratos, se hacen ridiculos. Lo que es gracia en el original, es monada en la copia. La imitacion de prendas naturales nunca pasa de un despreciable remedo. Pálpase la afectacion, y toda afectacion es tediosa.

Sólo pondré dos limitaciones respectivas á aquellas partes de la gracia, que consisten en la postura y movimiento de los miembros. La primera es, que pueden en alguna manera adquirirse éstas por imitacion. Pero cuándo? Cuando no se piensa en adquirirlas, ni se sabe que se adquieren; quiero decir, en la infancia. Es

entonces la naturaleza tan blanda, digámoslo así, tan de cera, que se configura segun el molde en que la ponen. Así vemos frecuentemente parecerse en los movimientos ordinarios los hijos á los padres.

En Galicia, mi patria, hay muchos, que áun sabiendo con perfeccion la lengua castellana, la pronuncian algo arrastradamente, faltando en esta ó aquella letra la exactitud de articulacion que les es debida. Atribuyen los más este defecto á la imperfecta organizacion de la lengua, procedida de el influjo de el clima. No hay tal cosa. Ese vicio viene de el mal hábito tomado en la niñez; lo que se evidencia de que los gallegos, que de muy niños son conducidos á Castilla, y se crián entre castellanos, como yo he visto algunos, pronuncian con tanta limpieza y expedicion este idioma, como los naturales de Castilla. Sé, que pocos años há era celebrada por el hermoso desembarazo de la pronunciacion y aire de el movimiento, una comediante nacida en una mísera aldea de Galicia, que de cuatro ó cinco años llevó un tio suyo á la córte.

La segunda limitacion es, que áun en edad adulta se puede corregir la torpeza de el movimiento, ya en la lengua, ya en otros miembros, cuando ésta procede precisamente de el mal hábito contraido en la niñez. Pero es necesario para lograrlo aplicar mucha reflexion y estudio. Un hábito, aunque sea inveterado, puede desarraigarse, aplicando el último esfuerzo. Cuando la resistencia viene de el fondo de la naturaleza, todos los conatos son vanos.

§ VIII.

Aunque la urbanidad, en lo que tiene de brillante y hermosa, que es lo que llamamos gracia, sólo en una pequeñísima parte, como hemos advertido, está sujeta al estudio; en todo lo que es substancia, ó esencia suya, admite preceptos y reglas; de modo, que cualquiera hombre enterado de ellas, ó ya por reflexion propia ó por instruccion ajena, puede ser perfectamente, en cuanto á la substancia, urbano.

Muy frecuentemente y de muchos modos se peca contra la urbanidad. Áun á sugetos que han tenido una razonable crianza, he visto muchas veces adolecer de alguno ú de algunos de los vicios, que se oponen á esta virtud. Opónense á la urbanidad todas aquellas imperfecciones ó defectos, que hacen molesto ó ingrato el trato y conversacion de unos hombres con otros. Esto se infiere evidentemente de la difinicion de la urbanidad que hemos propuesto arriba. Mas ¿qué defectos son éstos? Hay muchos. Los irémos señalando, y ésta será la parte más útil de el discurso; porque lo mismo será individuar los defectos, que hacen molesta la conversacion y sociedad política, que estampar las reglas que se deben observar para hacerla grata. El lector podrá ir examinando su conciencia política por los capítulos que aquí le irémos proponiendo.

§ IX.

Locuacidad.

Los habladores son unos tiranos odiosísimos de los corrillos. En mi opinion, que concedé cierta especie li-

mitada de racionalidad á los brutos, el hablar es un bien áun más privativo de el hombre que el discurrir. El que quiere sienpre ser oido, y no escuchar á nadie, usurpa á los demas el uso de una prerogativa propia de su sér. ¿Qué fruto sacará, pues, de su torrente de palabras? No más que enfadar á los circunstantes, los cuales despues se desquitan de lo que callaron, hablando con irrision y desprecio de él. No hay tiempo más perdido que el que se consume en oír á habladores. Ésta es una gente que carece de reflexion, pues á tenerla, se contendrian por no hacerse contemptibles. Si carecen de reflexion; luego tambien de juicio; y quien carece de juicio, ¿cómo puede jamas hablar con acierto? Ni ¿qué provecho resultará á los oyentes de lo que habla un desatinado, exceptuando el ejercicio de la paciencia? Así á todos los habladores se puede aplicar lo que Teócrito decia de la verbosa influencia de Anaximenes, que en ella contemplaba un caudaloso rio de palabras y una gota sola de entendimiento: *Verborum flumen, mentis gutta.*

Los flujos de lengua son unos porfiados vómitos de el alma; erupciones de un espíritu mal complexionado, que arroja, ántes de digerirlas, las especies que recibe. Suenan á valentía en explicarse, siendo en realidad falta de fuerza para contenerse. Yo capitularia esta dolencia, dándole el nombre de relajacion de la facultad racional. Otro dirá acaso, que no es eso, sino que las especies se vierten porque no caben, á causa de su corta capacidad, en el vaso destinado para su depósito.

Nadie se fie en que á los principios es oido con gusto. Éste es un aire favorable para soltar las velas de la locuacidad. Aire favorable, sí, pero por lo comun de poca duracion. La conversacion es pasto de el alma; pero el alma tiene el gusto, ó tan vario, ó tan delicado, ó tan fastidioso como el cuerpo. El manjar más noble, muy continuado, la da saciedad y tedio. Así, el mismo que por un rato gana con su loquela la aceptacion de los oyentes, si se alarga mucho, incurre su displicencia y áun pierde su atencion. Las estrellas que se deben observar para engolfarse mucho ó poco en los asuntos de conversacion, permitir las velas al viento ó recogerlas, son los ojos de los circunstantes. Su halagüeña serenidad ó ceñuda turbacion avisarán de la indemnidad ó riesgo que hay en alargar un poco más el curso.

Mas áun esta observacion es engañosa en las personas de especial autoridad. Los dependientes, no sólo adulan con la lengua, mas tambien con los ojos. ¿Qué digo con los ojos? Con todos los miembros mienten, porque de todos se sirven para explicar con ciertos movimientos plausivos, con ciertos ademanes misteriosos, la complacencia y admiracion con que escuchan al poderoso, de quien pende en algo su fortuna. A éste entre tanto se le cae la baba y la verba. Vierte en el corrillo cuanto le ocurre, bueno y malo, persuadido á que ni Apolo en Delfos fué oido con atencion más respetuosa. ¡Ay miserable, y qué engañado vive! A todos cansa, á todos enfada, y lo peor es, que todos, á vuelta de espaldas, se recobran de aquel casi forzado tributo de adulacion con alternadas irrisiones de su necedad. Créanme los poderosos, que esto pasa así, y créanme

tambien, que el poder, al que es necio le hace más necio; al que es discreto, si no lo es en supremo grado, le quita mucho de lo que tiene de entendido.

§ X.

Mendacidad.

¿Qué cosa mas inurbana que la mentira? ¿Á qué hombre de razon no da en rostro? ¿A quién no ofende? ¿Cómo el engaño puede prescindir de ser injuria? Toda la utilidad, todo el deleite que se puede lograr en la conversacion, se pierde por la mentira. Si miente aquel que habla conmigo, ¿de qué me sirven sus noticias? Si no las creo, de irritarme; si las creo, de llenarme de errores. Si no estoy asegurado de que me trata verdad, ¿qué deleite puedo percibir en oírle? Ántes estará en una continuada tortura mi discurso, vacilando entre el asenso y el disenso, y apurando los motivos que hay para uno y para otro.

Es la conversacion una especie de tráfico, en que los hombres se ferian unos á otros noticias y ideas; el que en este comercio franquea ideas y noticias falsas, vendiéndolas por verdaderas, ¿qué es, sino un tramposo, un prevaricador, indigno de ser admitido en la sociedad humana?

Siempre he admirado y siempre he condenado la tolerancia que logra en el mundo la gente mentirosa. Sobre este punto he declamado en el discurso acerca de la *Impunidad de la mentira*, para donde remito al lector. Despues he pensado, que acaso esta tolerancia nace de la mucha extension de el vicio. Acaso, digo, son en mucho mayor número los interesados en la tolerancia, que los damnificados en ella. Acaso toleran unos á otros la mentira, porque unos y otros necesitan de esa tolerancia. Si los sinceros son pocos, no pueden, sin una gran temeridad, empeñarse en hacer guerra á los muchos. Pero á lo ménos demuestren, con la mayor templanza que puedan, el desagrado que les causa la mentira. Ingenuamente protesto, que para mí es sospechoso de poca sinceridad el que oye una mentira serenamente, y sin testificar en alguna manera su displicencia. Mas tambien supongo, que la franqueza de manifestar esta indignacion, sólo se puede practicar respecto de inferiores ó iguales.

Una especie de mentira corre en el mundo como gracia, que yo castigaria como delito. Cuando se mezcla en el corrillo algun sugeto conocido por nimiamente crédulo, rara vez falta un burlon, que hace mofa de su credulidad; refiriéndole algunas patrañas, que el pobre escucha como verdades. Esto se celebra como gracejo; todos los concurrentes se regocijan, todos aplauden la buena inventiva de el mentiroso, y hacen entreves de las buenas tragaderas de el crédulo. Tengo esto por iniquidad. ¿Por ventura la sencillez ajena nos presta algun derecho para insultarla? Doy que la nimia credulidad nazca de cortedad de enteadimiento; ¿acaso sólo estamos obligados á ser urbanos y atentos con los discretos y agudos? ¿No es insolencia, porque Dios te dió más talentos que al otro, tomarle por objeto de tu escarnio, y jugarle con él como pudieras con un mono? ¿Es eso mirarle como prójimo? ¿Es eso usar de el talento que Dios te dió en orden al fin para que te lo dió?

Pero la verdad es que, por lo común, la nimia credulidad más proviene de exceso de bondad, que de falta de discrecion. Yo he visto hombres sencillísimos, y juntamente muy agudos. Aquella misma rectitud de corazón, que mueve al sencillo á proceder siempre sin dolo, le inclina á juzgar de los demas lo mismo. Muchas veces sucede que una mentira es creída de éste porque es ingenioso, y descreída de aquél porque es necio. Es el caso, que aquel, por su piedad, busca motivos de verisimilitud en la noticia, y por su agudeza los encuentra: éste, por su malicia, no los busca, y aunque los buscase, por su rudeza, no los hallaría.

Yo no sé si es verdad lo que comunmente se dice, que santo Tomás de Aquino creyó que un buey volaba, y salió solícito á ver el portento. Pero sé que la respuesta increpatoria que se le atribuye á los que le insultaban sobre su nimia credulidad, es digna de todo un santo Tomás; digna, quiero decir, de aquel gran lleno de virtudes excelsas, intelectuales y morales; digna de aquel nobilísimo corazón, de aquella altísima prudencia; de aquel ingenio soberano. «Más creíble se me hacia (refieren que dijo) el que los bueyes volasen, que el que los hombres mintiesen.» ¡Qué correccion tan discreta! qué énfasis! qué energía! qué delicadeza! Aprecio más esta sentencia que cuantas la antigua Grecia preconizó de sus sabios. La sublimidad de ella me persuade que fué parto legítimo de santo Tomás, y por consiguiente, que el hecho, como se refiere, es verdadero. Así se pueden conciliar, y concilian bien, una altísima discrecion con una suma sencillez.

§ XI.

Veracidad osada.

Así como hay muchos que son inurbanos por mentirosos, hay algunos que tambien lo son por veraces indiscretos ó inconsiderados. Hablo de aquellos, que á título de desengañados ó desengañadores, sin tiempo, sin oportunidad, y contra todas las reglas de la decencia, se toman libertad para decir cuanto sienten. Ésta es una especie de barbarie, cubierta con el honesto velo de sinceridad.

Caractericemos esta gente en el proceder de Filótimo. Es Filótimo un hombre que á todas horas nos quiebra la cabeza con protestas de su ingenuidad. Declama, hasta apurar el aliento, contra la adulacion. Ostenta su inmutable amor á la verdad, y éste viene á ser como estribillo para todas las coplas que arroja á éste, á aquél y al otro. Échale en rostro á alguno un defecto que tiene; luego sale el estribillo de que él no ha de dejar de decir la verdad por cuanto tiene el mundo. Oye alabar á alguno, ó presente, ó ausente, en quien él concibe algo digno de reprehension; suelta lo que concibe, é imprópera como contemplativos ó lisonjeros á los que hablan bien de el sugeto. Pero luego añade la cantilena ordinaria de su amor á la verdad.

¿Qué dirémos de este hombre? Que para ser necio y rústico le sobra mucha tela; que es un despropósito; que no guarda compas ni regla en cuanto habla; que es un rudo y muy rudo, pues no alcanza que hay medio entre la servil adulacion y la desvergonzada osadía. Sien-

do tal, ¿qué caso harán los que le oyen de cuanto dice? ¿Quién creará que forma concepto justo de nada un alucinado, que no percibe lo que tan claramente dicta la razon natural? Pero doy, que en el concepto que forma no yerre; yerra, por lo ménos en proferirle sin tiempo, sin oportunidad, sin modo. ¿Tiene por ventura algun nombramiento régio y pontificio de corrector de las gentes? Doy que sea tan veraz como se pinta, que lo dudo mucho, porque la experiencia me ha mostrado que, si no en todos los individuos, en muchos es verdadera una bella sentencia que leí no me acuerdo de qué autor: *Veritatem nulli frequentius lædunt, quam qui frequentius jactant*; «Ningunos más frecuentemente mienten que los que á cada paso jactan su veracidad.» Doy, digo, que sea tan veraz como se pinta; ¿le da su veracidad algun derecho para andar desolabrando á todo el mundo? La verdad, que, como predica san Pablo, es compañera amada de la caridad: *Charitas congregat veritati*, ¿ha de ser tan desapacible, ofensiva, grosera? La verdad de los cristianos, que, como articula san Agustín, es más hermosa que la Eneida de los griegos: *Incomparabiliter pulchrior est veritas christianorum, quam Helena grecorum*, ¿ha de tener tan mala cara, que á todos dé en rostro?

Hay en ocasiones, yo lo confieso, obligacion á decir la verdad, aunque se siga resentimiento de el que la escucha; pero sólo cuando interviene uno de tres motivos: ó la vindicacion de la honra divina, ó la defensa de la inocencia abusada, ó la correccion de el prójimo. Supongo que, por lo común, pretextan este último motivo los veraces de que hablamos; pero no ignoran ellos que sólo logran la ofension, y nunca la correccion. Ni puede ser otra cosa, porque su modo áspero, tumultuante, soberbio, ¿cómo puede producir tan bello fruto? Embrando e-pinas, como decia la verdad misma en el Evangelio, ¿han de coger uvas?

§ XII.

Porfia.

No ménos enfadosos son que éstos, ni ménos turban la amenidad de la conversacion, los porfiados. El espíritu de contradiccion es un espíritu infernal, y espíritu tan protervo, que no sé que se haya hallado hasta ahora conjuro eficaz para curar á los que están poseídos de él.

Tengo presente el ejemplo de Aristio. Éste es un verdadero aventurero de corrillos, que lanza encarada, anda siempre buscando pendencias. Su opinion es su idolo; nadie disiente á ella sin experimentar su cólera; nadie profiere la opuesta que no le tenga por enemigo; nada le aplaca sino, ó la condescendencia, ó el silencio. Su influencia en los concursos es la que se atribuye á aquella constelacion meridional, llamado Orion, excitar tempestades: *Nimbosus Orion*, que dijo Virgilio. No bien se aparece, cuando poco á poco la serenidad de un coloquio cortesano va degenerando en la turbacion de un tumulto rústico. El contradice, el otro se defiende, los demas toman partido, enciéndese la altercacion, porque un genio contendiente es contagioso: *Insequitur clamorque virum, stridorque rudentum*; y todo viene á parar en una greguería tal, que nadie los entiende, ni

áun se entienden unos á otros. Todo este mal hace en la sociedad política un porfiado. Ni por eso se enmienda; y ántes volverá atras un rio precipitado, que él retroceda de el dictámen que una vez ha proferido.

§ XIII.

Nimia seriedad.

La chanza oportuna es el más bello condimento de la conversacion, y tiene tanta parte en la verdadera urbanidad, que algunos, como vimos arriba, la tomaron por el todo. Usada con el modo debido, produce bellos efectos: alegra á los que hablan y á los que oyen, concilia recíprocamente las voluntades, descansa el espíritu fatigado con estudios y ocupaciones serias. Por eso no solo los éticos gentiles, mas áun los cristianos, colocaron la chanza en el número de las virtudes morales. Véase santo Tomás en la 2.^a 2.^a *quæst.* 168, artículo 11, donde, despues de graduar á la chanza por virtud, califica la delectacion que resulta de ella, no solo de útil, sino de necesaria para el descanso del alma: *Hujusmodi autem dicta, vel facta, in quibus non queritur nisi delectatio animalis, vocantur ludicra, vel jocosa. Et ideo necesse est talibus interdum uti, quasi ad quandam animæ quietem.*

Los hombres siempre serios son un medio entre hombres y estatuas. Siendo la risibilidad propiedad inseparable de la racionalidad, en lo que se niegan á lo risible, degeneran de lo racional. Los necios suelen calificarlos de hombres de seso, juiciosos y maduros. Buena prueba de seso, apostárselas en sequedad y rigidez á troncos y piedras. Ningun bruto se rie. ¿Será carácter de hombre de juicio sólido lo que es comun á todo bruto? Yo tengo esa por seña de genio tétrico, de humor atrabiliario. Los antiguos decian que los que entraban en la encantada cueva de Trofonio, nunca reian despues. Llamaban *age-lastos* á éstos los griegos. Si en ello hay alguna verdad, que muchos lo niegan, es de creer que la deidad infernal que era consultada en aquella cueva, inspiraba á los consultores esa tartárea melancolía.

§ XIV.

Jocosidad desapacible.

Pero tanto, y áun más que se opone á la urbanidad la seriedad nimia, es contraria á ella la jocosidad importuna. Por tres capítulos puede ser ingrata la chanza en las conversaciones: por exceder en la cantidad, por propasarse en la calidad, y por defecto de naturalidad.

El que está siempre de chanza, más es truhan que cortesano. No hay hombre más irrisible, que el que siempre se rie. El que á todas horas hace el gracioso, á todas horas es desgraciado. Un Juan Rana, de por vida, es lo que suena, un Juan Rana y nada más.

Peca la chanza en la calidad por deshonesta y por satírica. Como la primera sólo se oye en caballerizas y tabernas, y yo no escribo para lacayos, cocheros y alquiladores, pasaremos á la segunda. Lospreciados de decidores frecuentemente inciden en ella. Hablo de lospreciados de decidores, y que más propriamente podrian llamarse dicaces; no de los que verdaderamente lo son.

De aquellos, de quienes decia Horacio, que por aprovechar sus festivas ocurrencias, no reparan en herir áun á sus propios amigos:

*Dummodo risum
Excusat sibi, non hic cuiquam parcat amico.*

De aquellos que, segun la ponderacion de Ennio, más fácilmente detendrán en la boca una ascua ardiendo, que un dicho agudo. Ésta es gente que quiméricamente pretende hacer oro de el hierro, comedia de la tragedia, lisonja de la injuria, miel de la ponzoña. Su lengua se parece á la de el leon, que por ser tan áspera, lamiendo desuella. Llamen á éstos *zumbones*, y lo son. Pero ¿cómo? Como las abispas, cinifes, tábanos y moscas. Todos estos vilísimos insectos son zumbones, y zumbones de esta casta; esto es, que á vuelta de el zumbido imprimen la picadura.

Como quiera que hagan gala de su habilidad, no pueden escaparse de ser, ó malignos, ó muy necios. Que uno, que otro, los hombres de bien debieran conpirar á descartarlos de el comercio, ó corregirlos con la amonaza. El conde de las Amayuelas, á quien alcancé en mi juventud, á un caballero de este genio, que le habia herido ya con algunos dicerios en tono de chanza, le dijo: «Amigo don N., ya te he sufrido algunas desvergüenzas; tambien de aquí adelante podrás decir las que quisieres; pero con la prevencion de que nos hemos de entender los dos á estocada por desvergüenza.» A fe que le hizo al zumbon perder la zumba.

Un defecto grave y frequentísimo de la zumba es ejercerla sobre lugares comunes ó capítulos generales, dirigiéndola, pongo por ejemplo, al estado, clase ó nacion de el sugeto con quien se practica este género de juego. Debo esta advertencia á Quintiliano: *Mulè etiam dicitur* (sentencia este gran maestro de urbanidad) *quod in plures convenit: Si aut nationes totæ incessantur, aut ordines, aut conditio, aut studia multorum.* Caen en este inconveniente los genios estériles, que no hallando que decir sobre las acciones ó cualidades personales de aquel particular individuo á quien dirigen la zumba, se arrojan á alguna razon comun, de estado, nacion, etc.

La razon por que se debe huir de esto es, porque entre la multitud comprendida en aquella razon comun, hay no pocos de tal delicadez, que tienen la zumba por ofensa; y aunque no asistan en la conversacion, teniendo despues noticia de ella, se muestran resentidos; lo que la experiencia me ha mostrado no pocas veces. Y áun he visto algunas seguirse no leve perjuicio á los zumbones de razones comunes, por el resentimiento de los comprendidos en ellas. Aun cuando no intervenga riesgo alguno, se debe evitar por motivo de equidad. Aunque la chanza sea de su naturaleza inocente, no es justo usar de ella con quien la ha de escuchar como agravio. A sugetos de cutis tan delicada, que sienten como golpe lo que para otros es halago, no se ha de tocar ni áun ligeramente. Si el contacto más leve les llega al corazón, el que los toca los hiere. No siendo, pues, posible que en las zumbas sobre capítulos generales no haya muchos que se resientan, debe el buen cortesano abstenerse enteramente de ellas.

Es, finalmente, ingrata la chanza por falta de natura-